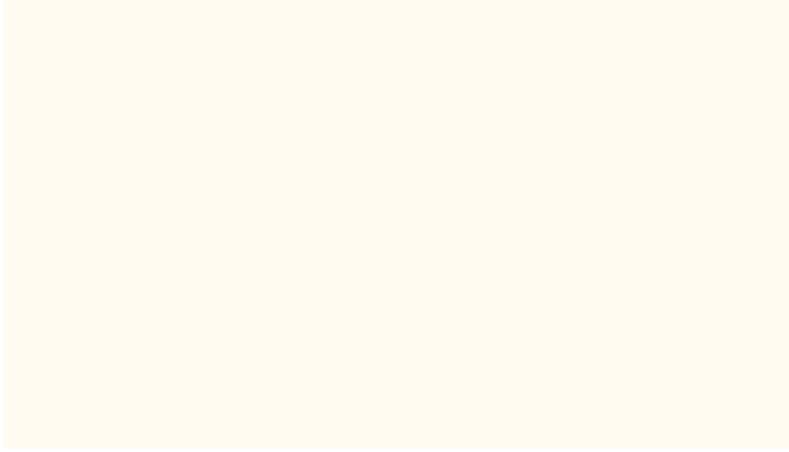


“LOS HIJOS CAÍDOS DE
LAS ESTRELLAS”.



...

Lucie había soñado con las estrellas desde que tenía memoria.

Por lo que, a pesar de solo tener diez años, había pedido un telescopio como regalo por su cumpleaños. En aquella noche estelar, iba a llegar el momento donde podría contemplar al cielo de verdad. Aunque quizás no del modo en el que había imaginado.

Se encontraba sentada sobre una manta en el patio de su casa, su padre le había ayudado a instalar el artefacto hace un rato; mientras el atardecer dejó caer el último trozo de su luminoso manto. Ahora, el brillo de la luna se cernió sobre Lucie, vertiéndose como leche brillante en los bordes oscuros de las cercas del jardín.

Las estrellas comenzaron a salir, y sosteniendo el manual del telescopio que había leído docenas de veces, se inclinó para poner sus manos sobre este. Y ahí fue cuando el susurro de unos pasos crujió sobre las oscilantes hojas de otoño.

-¡Lucie! No te imaginas la historia que han contado hoy en la obra de la plaza-

Isaac había llegado. Su hermano mayor tenía trece años, pero no era eso lo que los hacía tan opuestos. Él era de las letras, ella de las ciencias. Y aunque él lo sabía, igual siempre trataba de contarles los relatos que recolectaba en su memoria.

-Como ves estoy ocupada- respondió frunciendo el ceño- a punto de usar mi telescopio-

-Es una historia de las estrellas- replicó su hermano dejando a Lucie sorprendida- de porque se inventaron los telescopios en realidad... y sobre un gran secreto-

- ¿Y la recuerdas toda en serio? -

-Por supuesto- la sonrisa de Isaac fue más radiante que el brillo de la luna-

-Te escucho-

Entonces los hermanos fueron envueltos en una narración estelar, cuando el chico empezó a hablar.

... Todos sabemos que, desde sus orígenes, el hombre ha agrupado a las estrellas en constelaciones, creando leyendas a su alrededor. Y lo que se ha olvidado, es que todas las leyendas son ciertas.

La primera contaba que la vía láctea nació de las gotitas de leche que la diosa Juno derramó en el cielo, mientras amamantó a Hércules. Y de esas gotas nacieron las estrellas de nuestra galaxia. Fue entonces cuando los dioses se convirtieron en los galácticos, los seres de las constelaciones en los estelares, y nuestra raza en los ciudadelos.

Nosotros fuimos quienes creamos los hogares y las ciudades de la vía láctea.

Nosotros éramos una luz en el universo.

Éramos.

Hubo una vez donde en la vía láctea todos estábamos juntos, donde nuestro sistema estelar estaba unido.

Hubo una vez que dejó de ser.

Porque un día todo cambió.

Por primera vez, en un lugar donde solo había luz estelar, llegó la oscuridad. No obstante, no fue en el cielo donde nació, sino en los corazones de una raza. De ahí es donde siempre proviene la oscuridad más peligrosa.

El veneno se había originado en los galácticos. Ellos eran los dioses, sin embargo, había otros más poderosos que ellos. Helios, quien reinaba coronado con la brillante aureola del sol en su cabeza, rigiendo el sistema solar; andando a través de el sol con sus corceles de fuego. Selene, quien guardaba a la luna, e iniciaba su viaje luego de que su hermano terminará el suyo. Ella conducía un carro de plata tirado por bueyes blancos, que chispeaba en luz por la antorcha que sostenía en su mano, y el brillo de su cabeza coronada con su tiara de luna menguante.

Helios y Selene eran más que los galácticos. Eran las luces del universo. Eran los reyes.

Y con el tiempo, el poder mayor que portaban fue deseado por los otros dioses. Luego, el deseo se transformó en codicia, lo que termino siendo una oscuridad profunda. Una que solo pudo explotar de una manera: En guerra. La gran guerra.

Los mayores del sol y la luna lucharon con los estelares en su bando, y los galácticos se prepararon con toda su fuerza para contraatacar. Aunque pensaban que no tenían por qué dudar, eran dioses después de todo, eran una antorcha estelar imposible de apagar. No sabían que eso no significaba que fueran capaces de apagar luces tan potentes como las de los mayores astros.

Mientras el caos se desataba en los cielos, los ciudadelos no se enfrentaron.

Nosotros éramos una raza distinta, creíamos solo en el orden y la paz, al menos en aquel tiempo antiguo estelar. Y mantuvimos aquello en nuestros hogares, albergando a los estelares y galácticos menores que se cansaban de pelear y buscaban sanar. Con el tiempo, las caídas eran más que las victorias, y fue ahí cuando los bandos se dieron cuenta de lo mucho que la guerra les estaba costando.

Por ello, al realizarse la tregua, volvieron sus miradas hacia nosotros. No obstante, por primera vez, no eran miradas llenas de luz.

Fueron conscientes de que el pueblo había sufrido, que estaba resentidos con ellos. Y que a nosotros nos veían como héroes de paz, a pesar de que no contábamos ni con un ápice del poder que ellos poseían.

En consecuencia, se nos expulsó de nuestro hogar de ciudadelas.

Se nos envió a otro lugar, uno pequeño y cerrado. Uno donde podríamos olvidar nuestro origen, donde la memoria de los días antiguos se desvaneciera como la nieve tocada por los rayos del verano.

Y así fue como sucedió, como llegamos al planeta tierra donde moramos.

Pero en nuestro ADN seguimos estando hechos de átomos del polvo de estrellas. Somos los hijos caídos de las estrellas. Y eso es algo que ni el olvido nos podría quitar.

Aunque el olvido sí que nos quitó cientos de cosas más, cosas que ya no recordamos del cielo que se cierne sobre nosotros. Y por ello, los estelares y los galácticos de los cuales una vez nuestros ancestros cuidaron, han enviado mensajes secretos a los elegidos. Para que recordemos.

Por eso se crearon los telescopios... para que pudiéramos mirar hacia arriba y saber que es nuestra casa. Para que nos susurremos entre nosotros mismos: “No lo olviden, somos los hijos caídos de las estrellas, nadie puede quitarnos eso nunca”. Para que volvamos a descubrir lo que se perdió de nuestra memoria, y para buscar un modo de volver un día a casa.

Hace unos siglos, Galileo Galilei se construyó un telescopio, lo giró hacia el cielo, y recibió el llamado de los estelares. También descubrió que Júpiter, el planeta gigante, tenía cuatro lunas circulando. Los galácticos y los seres de las constelaciones les susurraron otros secretos, y ahí fue cuando ese científico declaró una verdad olvidada: “El sol es el centro del universo” recordando el poder insuperable de Helios, así como el hecho de que la tierra no es un centro, solo un lugar apartado que nunca sería nuestro verdadero hogar. Él fue el primer elegido del telescopio, y cualquiera que porte uno podría ser otro escogido por los seres de la vía láctea que nuestro regreso aún aguardan.

Sin embargo, no es sencillo, la vía láctea se ha confinado, para nosotros aún sigue el misterio de que hay en su centro, ya que un gran polvo de gas lo cubre como un escudo vigilante. Pero al parecer en esa oscuridad hay un inmenso agujero negro, uno que podría llevar a nuestro hogar oculto que perdimos.

En esos hechos se resbalan atisbos de lo que podrían ser pruebas, aunque nunca podríamos llegar a estar seguros. O quizás sí. Aún no hallamos la verdad, no obstante, seguimos recorriendo el camino de la búsqueda. El camino de los conocimientos desconocidos del cielo.

Mientras, seguimos siendo los hijos caídos de las estrellas, y con nuestros telescopios podemos seguir espionando al universo...

...

-Ha sido hermoso Isaac- le dijo Lucie cuando el silencio marcó el final del maravilloso relato- y creo que no importa si es cierta la historia o no, porque lo que me ha hecho sentir fue tan real...- soltó una bocana de aire- creo que a partir de ahora siempre me sentiré como una ciudadela, como una hija de una estrella-

-La ciencia que tanto te gusta resulto ser muy bonita y profunda- dijo él- podríamos imaginar miles de historias sobre los misterios que estudies sobre el cielo-

-Y tu podrías escribirlas-

Su hermano volvió a sonreír más brillante que la luna. Más luminoso que las estrellas.

-Vamos hermana- se inclinó sobre el telescopio- contemplemos nuestro hogar estelar. Espiemos al universo-

Juntos miraron las estrellas de verdad, pero fue diferente al modo en el que Lucie había imaginado que sería. De hecho, fue mucho mejor.

Desde ese día, no solo Lucie soñó con las estrellas, y no solo Isaac soñó con las historias. Ambos los hicieron, se unieron gracias a los telescopios y a una historia que fuera verdadera o no, en sus corazones iba a quedar gravada por eternos años luz. La recordarían hasta que las estrellas siguieran brillando, hasta que el cielo se cayera sobre ellos.

Quizás incluso después de eso. Uno nunca dejaba de ser un hijo caído de una estrella, uno nunca dejaba de espiar al universo con su telescopio.

Era un había una vez que jamás dejaría de ser.